



Índice

1) Video: "¡A Zaragoza o al charco!"	1
2) Humor - Chistes españoles	1
3) "¡A Zaragoza o al charco !"	2
4) Juan José Millás : « Los objetos nos llaman »	3
Una amputación invisible:	3
Mi primer plato combinado:	4



1) Video: "¡A Zaragoza o al charco!"



Este dicho, supuestamente aragonés e identitario, pone de relieve la testarudez proverbial que se atribuye al hombre aragonés. Como aquel que por afirmar con manifiesta bravuconería que llegaría a Zaragoza quiera Dios o no, el Altísimo lo arroja a una charca, convertido en rana. Tras un tiempo de castigo, le devuelve su condición de ser humano, y cuando otro caminante le pregunta a dónde va, responde, como no podía ser de otra manera: "A Zaragoza... o al charco..."

Pues bien, José Luis Melero, ha descubierto que Italo Calvino había incluido una fábula idéntica en su libro *Fiabe italiane*. El cuento se llama "I biellesi, gente dura" y la ciudad, en lugar de Zaragoza, es Biella, en el Piamonte. Lo demás, todo igual: Dios convierte en rana y manda al pantano al hombre que quiere ir a Biella porque se niega a decir "se Dio vuole" y el final es el mismo. La interculturalidad, como se ve, viene de lejos...

2) Humor - Chistes españoles

- Un tipo bobalicón le cuenta a un amigo:
 - Cuando discuto con mi mujer, siempre digo la última palabra.
 - ¿Y qué le dices?
 - Perdóname...
- Si una camiseta tiene cuatro agujeros delante y cuatro detrás, ¿qué hora es?
Es hora de tirarla...
- Julio le explica a Pedro:
 - Estoy a dieta: solo como pescado... ¡pescado congelado! ¡Todos los días sin excepción!Pedro pregunta:
 - ¿Ah, sí? ¿Y qué tal va?Julio responde:
 - La verdad es que aún no he adelgazado... pero cada vez que paso ante una freidora... ¡me entran escalofríos!

4. Una rata tontorrón encarga una pizza para llevar. El pizzero le pregunta:
—¿Se la corto en cuatro o en ocho porciones?
La rata reflexiona y responde:
—En cuatro porciones, gracias. ¡No creo que sea capaz de comerme ocho!
5. Alfredito llega a casa con una mofeta.
—¿Adónde te crees que vas con ese animal? —le pregunta su hermana con cara de disgusto.
—¡Lo tendré en mi habitación!
—¿Y qué piensas hacer con la peste?
—¡Bah, ya se acostumbrará!
6. Jack, el piloto, despegue con su avión. Al poco rato, comunican con él desde la torre de control:
—Jack, dínos tu altura y tu posición.
Y Jack responde:
—¡Mido un metro ochenta y estoy sentado!
7. Un hombre viaja en un tren; de vez en cuando se echa a reír a carcajadas y a continuación se encoge de hombros. Un señor le pregunta de qué se ríe.
—Es que me estoy acordando de unos chistes divertidísimos. Explica el hombre.
—¿Y entonces por qué se encoge de hombros?
—¡Porque enseguida me doy cuenta de que ya los había oído!
8. Una rata tontorrón que trabaja en una oficina le comenta a otra rata tontorrón:
—Ufff, me gustaría poner un poco de orden en el archivo. Hay un montón de documentos viejísimos, ¿no te parece que podría tirar unos cuantos?
La otra rata se queda pensativa un instante y responde:
—No hay problema, siempre que antes de tirar los papeles los fotocopies, por si acaso...
9. Un ratón sorprende a su hijo royendo un libro de chistes con gran voracidad y lo regaña:
—¡Yo a tu edad ya roía libros de filosofía!
10. La maestra regaña a Jaimito al final de la clase:
—Hoy has alborotado mucho. No has parado de hablar ni un momento. ¡Mañana quiero que vengas con tu madre!
—¡Vale, pero le advierto de que mi madre es mucho más habladora que yo!

3) "¡A Zaragoza o al charco !":

La epidemia de Covid-19 continúa propagándose y el presidente de la República ha anunciado nuevas medidas de frenado. Las guarderías, escuelas, colegios y liceos permanecerán cerrados durante tres semanas a partir del 6 de abril de 2021.

El texto "¡A Zaragoza o al Charco!" fue trabajado en abril de 2021 por videoconferencia.

Algunos aún no se habían unido con nosotros... así que, para ellos, lo leeréis de nuevo... ¡ Como le dicen a Lepe (y quizás también en Caspe) , hay que contarlas dos veces para comprenderlas bien!

« Ser cabezudo como un aragonés »



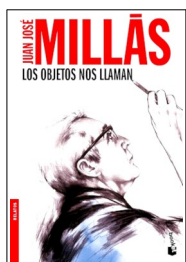
"¡A Zaragoza o al charco!": Al igual que otros varios, este refrán pone de relieve la testarudez proverbial del hombre aragonés. Como aquel que por afirmar con ensoberbecimiento que llegaría a Zaragoza quiera Dios o no, el Altísimo le arroja a una charca, convertido en rana. Tras un tiempo de castigo, le devuelve a su ser humano, y no bien el baturrico se ve persona, cuando otro caminante le pregunta adonde va, responde esquinadamente: A Zaragoza... o al charco..

« El cuento dice que un día San Pedro, aburrido por no tener que abrir las puertas del cielo a nadie, pidió a Dios volver al mundo para ver qué pasaba allí abajo «que ni un mortal viene a vernos en tantos años y tantos». Con el beneplácito divino, San Pedro bajó a la Tierra de un salto y apenas hubo llegado, camino de Zaragoza, se encontró con un baturro al que preguntó a dónde se dirigía, respondiéndole este último «A Zaragoza» a lo que San Pedro replicó «Si Dios quiere».

El aragonés insistió sin corregirse: «Que quiera o no, voy a Zaragoza». Contrariado San Pedro convirtió al aragonés en rana y le arrojó llegado, camino de Zaragoza, se encontró con un baturro al que preguntó a dónde se dirigía, respondiéndole este último «A Zaragoza» a lo que San Pedro replicó «Si Dios quiere». violentamente a un charco vecino. Y allí lo tuvo algunos años, obligándole a sufrir las inclemencias del tiempo, las pedradas de los chicuelos y otras mil calamidades. Cuando, terminada su misión, San Pedro se disponía a subir a los cielos, regresó al camino de Zaragoza para devolver al baturro a su ser y le volvió a preguntar a dónde se dirigía. Éste le respondió: «Ya lo sabes, a Zaragoza», dijo más firmemente que la primera vez. San Pedro insistió con suavidad «Si Dios quiere, hombre, si Dios quiere». El baturro le replicó «Qué Dios ni qué... suplicas; ya te lo he dicho: ¡A Zaragoza o al charco!» Viendo el Apóstol que era inútil dominar aquel carácter, dejó al baturro seguir tranquilamente su camino hasta Zaragoza. »

4) Juan José Millás : « Los objetos nos llaman »

Una amputación invisible:



Cuando me di cuenta, en el pasillo de un supermercado, de que había perdido el móvil, sufrí un ataque de sudor, pero no de sudor frío, como en las novelas de terror, sino de sudor caliente. Mi cuerpo padeció un cambio climático que se tradujo en un calentamiento general de su corteza. Por un instante creí que iba a cocerme en mi propio jugo dentro de esa corteza. Tenía a la vez un sentimiento de extrañeza y de incredulidad, como si acabara de sufrir la amputación violenta e indolora de un órgano. La amputación me había dejado un muñón invisible para los demás, un muñón psíquico, por entendernos, imposible de demostrar, pero tan pavoroso como un muñón de carne y hueso. Pasada la primera oleada de calor, revisé de nuevo los bolsillos de la chaqueta

e investigué su forro sin ningún resultado. Noté que la gente comenzaba a mirarme y comprendí que mi expresión debía de la de un loco. No podía explicarles que mi alteración se debía a la amputación del móvil porque no lo entenderían. No había herida, no había sangre, no había señales externas de violencia. Sólo quien ha perdido un teléfono móvil tan inteligente como el mío sabe de qué hablo. Tenía en él una agenda telefónica de cientos de números construida a lo largo de los años e imposible de rehacer entera. Tenía también notas y fechas y mensajes de entrada y de salida que nunca volvería a leer. No exagero si digo que mi móvil era un órgano más de mi cuerpo, no tan importante como el hígado o los riñones, pero más valioso que el apéndice o la vesícula biliar. En los viajes me hacía sentirme conectado con mi casa. En casa, me conectaba con el exterior.

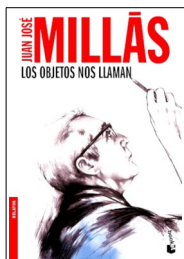
Recuerdo la primera vez que vi un teléfono. No un teléfono móvil, sino uno convencional, de los de toda la vida. Acababa de llegar del colegio. Mi madre me tomó de la mano y me condujo hasta el cuarto de estar. En medio de la mesa camilla, sobre un tapete verde que lo enmarcaba y hacía resaltar más su presencia, había un teléfono negro. Me pareció que alrededor del aparato se formaba una extraña aura de luz, como si se tratara de una alucinación, y para mí, en cierto modo, lo era, ya que siempre había oído hablar del teléfono a mis padres con el mismo respeto que de los fantasmas.

Inmediatamente quise llamar a un compañero del colegio, pero mi madre me dijo que no, que costaba dinero. El teléfono sólo era para cosas urgentes. Y en efecto, fue para cosas urgentes. Aquel año lo oí sonar dos veces, una para comunicarnos que el abuelo se había muerto y otra, a la media hora de la anterior, para decirnos que el abuelo había resucitado (el padre de mi madre tenía cierta facilidad para entrar en estado cataléptico, y el médico lo dio por muerto erróneamente). Por nuestra parte, sólo lo utilizamos dos veces también una para comunicar que mi hermano había nacido y otra para comunicar que había nacido una vez más (eran gemelos, pero el segundo vino con media hora de diferencia, cuando ya no se le esperaba).

No tengo asuntos tan importantes que me obliguen a permanecer atado al teléfono. Sé que si alguien necesita localizarme, lo hará de un modo u otro. En cuanto a la agenda, la reharé con ayuda de mis amigos. Todo lo que dije en las primeras líneas para justificar el ataque de pánico que me produjo su pérdida era un conjunto de coartadas. Mi apego al teléfono tiene un fundamento fantástico que nunca, hasta ahora, había confesado. Verán, desde que a los ocho o nueve años vi aquel primer teléfono sobre la mesa camilla del cuarto de estar de la casa de mis padres, tuve la fantasía de que un día el teléfono sonaría y preguntarían por mí. Mi madre, extrañada, me pasaría el aparato y una especie de divinidad, desde el otro lado del hilo, me revelaría una verdad fundamental. Yo colgaría el teléfono, me volvería hacia mi familia y les confirmaría que Dios existía o que no existía, alternativamente, y que todo estaba permitido o todo prohibido, alternativamente..

Creo que sigo esperando esa llamada por la que al fin sabré si la vida tiene sentido o no. Soporto todas las demás como el precio que he de pagar para atender ésta. De ahí el ataque de sudor disolutivo que sufrí en un pasillo del supermercado al comprobar que había perdido el móvil y que me había desconectado no del mundo, al que pueden dar por saco, sino de esa deidad que tarde o temprano, lo sé, me llamará para revelarme una verdad esencial que dé sentido a mi existencia. Cuando esa llamada se produzca, ustedes serán los primeros en conocer su contenido, por si les ayuda a ir tirando.

Mi primer plato combinado:



«Nosotros no vivimos en la realidad, pero la visitamos», dice un espía de *Amigos absolutos*, la novela de John Le Carré, a un principiante con escrúpulos. Tuve un tío rico que vivía también fuera de la realidad, aunque de vez en cuando venía a pasar un rato con los que habitábamos en ella. Llegaba en un coche de quince metros que aparcaba delante de nuestra casa y cuyas llaves nos entregaba para que los niños jugáramos mientras él hablaba con mis padres. Dentro de aquel automóvil con el salpicadero de madera y tapizado en piel, nos sentíamos a salvo de la realidad. «Haces mal en dejar las llaves a los críos», decía mi madre,

«te lo ponen todo perdido».

Y lo que yo escuchaba es que le dejábamos el interior del coche lleno de realidad, porque es cierto que no éramos muy limpios. A mi tío no le importaba, porque lo llevaba a un servicio de limpieza especializado en eliminar las manchas de realidad, aun las más rebeldes. Tengo para mí que la realidad era para él una especie de perversión de fin de semana. Bajaba a la realidad como otros se van de putas porque era un hombre con intereses muy variados. Aunque nunca logré averiguar de qué hablaba con mis padres, sé que sus conversaciones eran tensas, porque más de una vez escuché sus voces detrás de la puerta. Mi tío era un hombre misterioso y mis padres no.

Un día, fue a buscarme por la mañana y estuve varias horas con él fuera de la realidad. Me llevó a una especie de club de campo con piscinas de varios tamaños. Cada pocos metros había un quiosco de madera con el techo de paja en el que podías pedir lo que quisieras sin pagar. En los vestuarios había duchas con el suelo de madera y agua caliente que producía nubes de vapor. Vi también por primera vez en mi vida una sauna y muchas mujeres hermosísimas con atuendos que no parecían confeccionados en este mundo. Yo, al menos, no los había visto antes. También fue la primera vez que me tomé un «plato combinado». El plato combinado puede parecer ahora una vulgaridad, pero en aquella época se acababa de inventar y era a lo más que se podía aspirar desde el punto de vista de la gastronomía, incluso desde el punto de vista de la filosofía, pues no constituía sólo un modo de nutrirse, sino una forma de abordar la existencia.

Por la tarde, mi tío me llevó en su coche hasta un callejón desde el que se divisaba una calle principal en la que había un concesionario de automóviles de la misma marca que el que conducía él. Entonces sacó un sobre cerrado de la guantera y, señalándome la tienda de automóviles, me dijo que entrara en ella y que le diera el sobre a un señor con bigote que se veía a través del escaparate.

-Si te pregunta quién te ha dado el sobre, dile que un hombre que pasaba por la calle. Y regresa aquí dando un rodeo, para que no vea que te estoy esperando.

A mí todo aquello me parecía muy excitante porque no era real. Entré en la tienda, entregué el sobre y me quedé esperando una propina, pues estaba con vencido no por qué, de que al encontrarme fuera de la realidad me darían unas monedas, quizá unos billetes, por haber llevado a cabo aquella gestión irreal. El hombre del bigote abrió el sobre, leyó una nota manuscrita que había en su interior y me preguntó, con muy mala cara, quién me había encargado aquella misión. Le dije que un hombre que pasaba por la calle. El individuo miró hacia fuera y luego, viendo que yo continuaba parado esperando la propina, me dijo que me fuera a la mierda.

Salí a la calle con la impresión de haber caído de improviso en la realidad y me metí en el coche de mi tío con lágrimas en los ojos.

- Qué te ha dicho?

- Me ha mandado a la mierda.

- Eso está bien añadió él poniendo el motor en marcha y huyendo a escape de la realidad.

La semana pasada enfermó gravemente este tío nuestro. Fui a verle al sanatorio, pero cuando llegué acababa de expirar. Hablé con la enfermera que le había atendido y me preguntó que a qué se había dedicado mi tío. Le dije la verdad: que no lo sabía porque se trataba de un pariente lejano con el que tenía muy poca relación. «El creía que había sido espía», dijo ella. Al día siguiente tropecé con la frase de Le Carré y me pareció una coincidencia asombrosa.